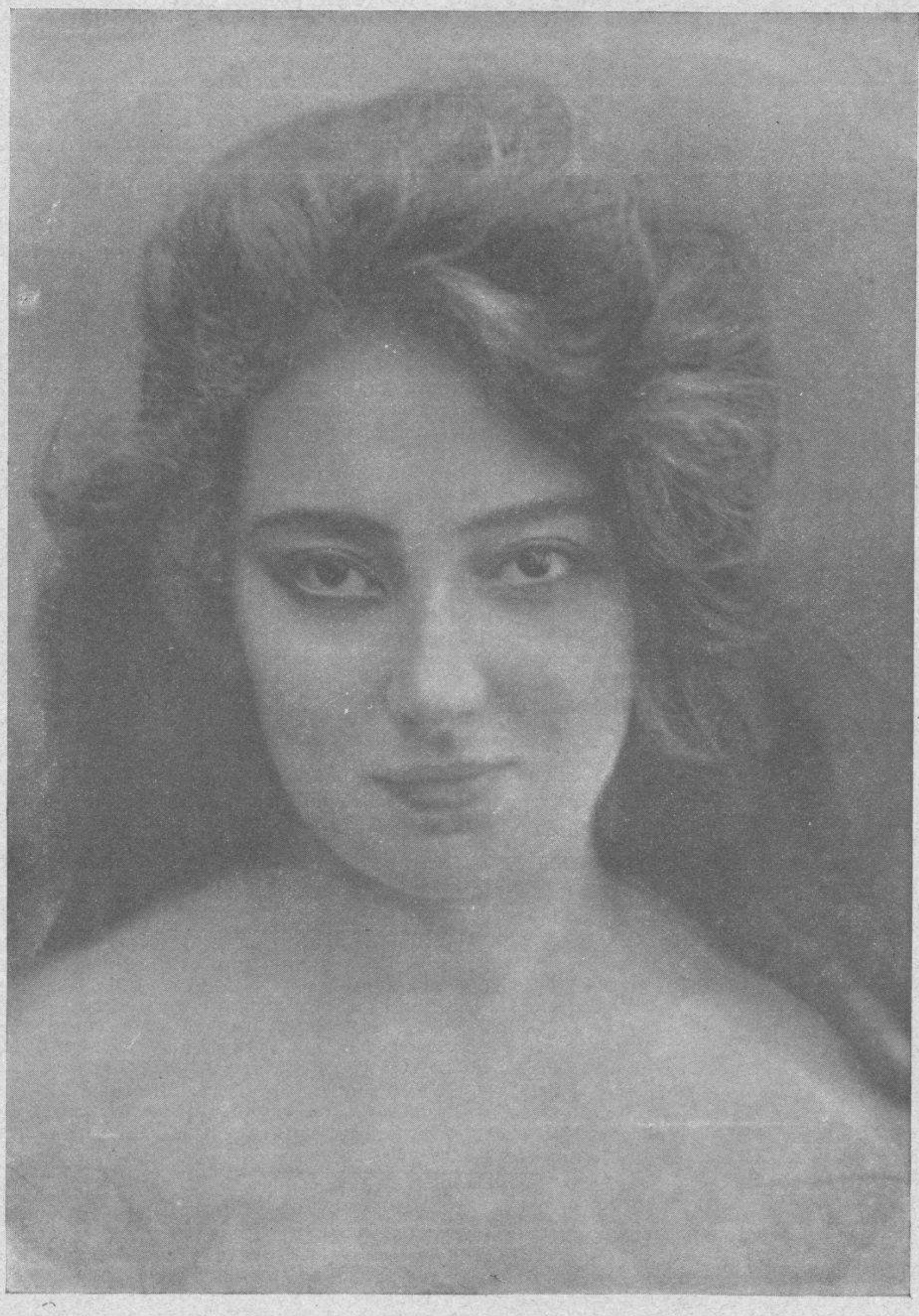
LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año X | *Barcelona, 4 de Mayo de 1899* | *Núm. 441*



De mañana.

M.E.C.D. 2016

A la orden.

Nada entre dos platos

Existía en cierto lugar, lugarejo, ni corte ni cortijo, todo un señor cirujano, para quien no había enfermedad que resistiese á su lanceta. ¿Se quejaba el paciente de dolor de muelas? Sajadura al canto. ¿Se le hinchaba el dedo meñique? Incisión. ¿Qué más? hasta las fiebres malignas las cortaba (y era verdad en este caso que las cortaba) con sangrías.

A ustedes se les ocurrirá que el cirujano era muy bruto, y perdono lo *gráfico* de la frase. Pues, no señor, lo parecía, pero no lo era, al revés de otros que no lo parecen y lo son. Como no se trataba de cortijo ni corte, sinó de lugarejo, lugar, la fama del cirujano, hallábase no á la altura, pero sobre la altura de un Cánovas, y no digo sobre la de un Polavieja. (Pongo Polavieja en vez de Silvela, porque me gusta respetar las primeras personas.) Érase *otramente* universal, vamos.

A mi hombre le temían hasta los gatos, que suelen mirar á los cirujanos como á un hombre cualquiera, sólo porque no necesitan del bisturí, y todo era llegar y poner mano al *bolso* como dice un amigo mío que está á partir un piñón con la Academia, cuando el enfermo, espantado de la lanceta antes de que el otro la esgrimiese, gritaba: — «¡Estoy bien, muy bien curado!»

Hubo ocasiones en que el paciente se puso á bailar polkas, que, por arte de la fiebre, resultaban seguidillas manchegas.

Es este caso de sugestión de los más comunes, lo mismo en cuanto al *bien*, que en lo tocante al *mal*, ya se horrorice uno, ya se alboroze. Y si no, prueben ustedes á decirme que me regalan un *chalet*, una *villa*, una casa de recreo, y hasta, hasta (con *h* ¿eh?) para que no salten que soy exigente é inmodesto, un billete del banco de cinco duros arriba (si pujan, mejor): y verán si me pongo más alegre que unas castañuelas.

Resulta, según esta filosofía, que si á uno le pegan baila: si es uno el que pega también... y cuando á uno le dan el billete ó la casa, el papel ó la piedra, pega, indudablemente.

Pero vamos á ver ¿á ustedes se les figura que si el más guasón de mis lectores, (hombre, por ejemplo riquísimo, que poseyera en inmuebles ó muebles raíces, sin contar con *las* del cirujano, veinte, treinta, cuarenta, miles ó millones) que si el más guason, repito, me regalase una casita inglesa (ya me contentaria con que fuese española), no resultaría yo, á poco, ilustre? Seguro que mi acreedor, no reclamaba el capital, porque tendría bastante con los réditos que le diese mi fama, mi renombre, y perdónenme los soberbios. Supongamos por un instante, aunque sea mucho suponer, que yo soy rico, que le tiendo, no la mano, el dedo índice (antes de cortarme la uña) á Zola, á Galdós, á Shakspeare, á Tolstöi, y aun al *mismo* Robespierre, ¿creen ustedes que no me daría por muy bien pagado con que ignorase todo el mundo, mi forzada intervención? Y conste que no me ufano con plumas de pavo real, es decir, que no quiero que me digan ustedes gracioso: esta *obra* mía fuera un caso de *altruismo*... egoísta.

Bueno, pues mi cirujano se frotaba las extremidades de gusto, tan pronto como Favonio soplaba los primeros cefirillos de la Primavera. Pasábase muchas horas, del uno al quince de Marzo, afilando sus lancetas: tal y como un regimiento bruñe y afila las armas antes de entrar en acción.

¿Saben ustedes por qué? Claro, también es esta la pregunta del español; ¿si no lo explico, cómo van á saberlo? El hombre decía, parodiando estos refranes: *Marzo ventoso y Abril lluvioso sacan á Mayo florido y hermoso. ¿Marzo con viento? Nabos en adviento:*

—A la primavera florecen los granos. — Y no aludía á los del campo, sinó á los de la cara.

Ahora pregúntenme ustedes á santo de qué he referido el cuento del cirujano. Responderé con la sentencia del persa: «nunca es la palabra del hombre perdida». — He leído por esos periódicos cosas espeluznantes: aquí están los ánimos de tal manera, al rojo caliente; allá los ministros de modo que no pueden acercarse á un candil. (Lo creo). En tal punto se irritan, en tal otro se pegan. Prepáranse manifestaciones á porrillo. Se abrirán, si antes no se le pierde la llave á Silvela, las Cortes: Castelar cantará un himno á la creación y á la arboristería y tronará Sol y Ortega como Júpiter.

Yo pienso subirme á los cuernos de la luna para presenciar, según el sueño de Bartrina, el espectáculo: para ver cómo despiertan los hombres y las cosas de su sueño invernal, seguro de que desde allí, con lentes y sin ellos, me han de parecer los granos de Mella, hongos. — Porque yo opino como el cirujano del cuento: ¿Marzo ventoso? Nabos en adviento. A la primavera granos, ó nada entre dos platos, como dije al empezar.

CLAUDIO UGENA

M.E.C.D. 2016

Novela corta

IX

«Aquella noche no se le escapaba la Pertiguero» — Habían ido al Principal milady Hobson, Mariana, Rolland y Kenteld, y como la Vernot no podía aún con el relente de la noche, quedaron en la fonda, dándole tertulia, su hermano y la señorita Forgent. Representábase *Cavalleria Rusticana*. Por entonces no se conocía allí á Wagner si no era en piezas de concierto, y aun así tenía, si vale decir verdad, más de cuatro bemoles la ejecución, cosa en que no paraba mientes el público, porque la malevolencia y la ignorancia de algunos críticos de última hora, *correvediles* del pentágrama, habíanle inculcado la insidiosa idea de que el mago de Bayreuth no pasaba de ser el Júpiter inarmónico de la música, señor de bombo, tambores, tripas hambrientas de violín y platillos. Aprovechó Rolland algunos instantes en que daba Kenteld conversación á milady; pero como entre ésta y el vienés mediaban veinte años, por ser la dama cincuentona, no se establecía el calor suficiente para que se animase el coloquio y pudieran los dos enamorados despacharse á sus anchas. Marianilla, como si gozara en jugar con las ansias y angustias de su amante, burlaba todo motivo de confidencia. Pero Eduardo erre que erre, como buen inglés, no se apeaba ni por las orejas ni por la cola, sinó que se agarraba desesperadamente á la crin del desbocado corcel de su fantasía. — «En cuanto llegasen á casa...» Verdad era como un templo que no podía exigir ni protestar mientras no terminase la excursión, ya que la Pertiguero aplazó la respuesta para cuando se hallasen en Suiza; pero verdad también que él suscribió por figurarse que su Diosa escogía la escena de los lagos, queriendo que fuera más sublime su promesa de amor.» — Continuaba, como se ve, hombre orgulloso de la necia y absorbente soberanía que él mismo se ha

— ¡Cuidado que no haberme dicho nada!

M.E.C.D. 2016

abrogado en perjuicio de todos los séres (más libres, y esto es indudable, que él) de la Creación esplendorosa, magnífica. — « No esperaba, no podia esperar más tiempo. Preferia la muerte á la incertidumbre, y la muerte era apartarse de Marianilla, ir á correr por esos mundos, solo, los dias que Dios se sirviera destinarle de vida animal agonizando siempre... ¡Pero si era tan grande, tan grande, aquella criatura! ¡Oh, sí: ella le amaba, y amaba con amor de que él se creía indigno, puesto que queriéndole hasta el límite de todo sacrificio humano, hasta el de su honra, con tal de no labrar la desdicha de otra criatura, ofrecía su carne en holocausto, guardando puros los tesoros de su alma. Recordaba este sublime apóstrofe: «Haga feliz á la Vernot; si usted necesita un sacrificio mayor, para que se apague la llama de sus sentidos, yo estoy dispuesta, á trueque de que olvide y sea venturoso. Sí, sí; no era deseo impuro de la carne irritada; era abnegación de un alma que ve reflejado en las lejanías de la inmortalidad su espíritu indestructible, y que emplea el instrumento de su materia para el bien.» — Rolland se puso lívido pensando así: por fortuna, todas las figuras del palco dirigían su mirada á la escena. Fué que el diablo, el espíritu del mal, siempre

— ¡ Qué agradable es la primavera! Mira, hasta parece que las flores se sonríen.

M.E.C.D. 2016

despierto para la lucha, tocó hábilmente las células, y grabada la imagen, partió la orden impetuosa á los músculos, á los nervios, y Rolland se vió encendido, envuelto en llamas, como si estuviese en el círculo que alumbra Luzbel, al mismo tiempo que la idea, convirtiéndose en *hechura*, sintiendo el contacto del aire sutil, soplábale al oido: — « ¿Y si yo aceptara? ¿Y si con pretexto de no ser tan noble, tan perfecto como ella, de no comprender su elevación de alma, la llevase al sacrificio? Aparentemente sería yo muy bajo y rastrero. ¿Y qué? Se abnega uno fácilmente dejándose arrastrar por la palabra, en el calor de la improvisación: el Bien es muy bello en teoría: en la práctica ¡resulta tan doloroso, y tan feo, por tanto! Mariana no quiere que le dé mi nombre, y me ofrece el medio de que la haga mía: como yo no deseo su desgracia, después de que sea mía, se aplacarán sus ímpetus; transigirá, y nos casaremos.» — La palidez del rostro se eclipsó, encendiéndose la piel hasta el rojo más subido. Entonces un dedo invisible tocó en el teclado del cerebro, muy acorde y armónico en tal cabeza; y á poco, otra voz proferia en sus oidos: — «¡canalla!» — Rolland se tapó las orejas, al mismo tiempo, por fortuna, en que la tiple se dormía en un calderón. Mariana notó la maniobra y le dijo riendo:

—No pueden oir estas óperas los que son tan instruídos como usted.

Confuso Rolland, balbuceó la excusa correspondiente, y sintiendo que se le enardecía otra vez la sangre, dijo:

—Mariana, necesito hablar con usted esta noche.

La Pertiguero se encogió de hombros.

—Estoy pronta, — repuso; — le espero á usted en mi cuarto.

Rolland se vió impotente para sostener la serena y perspicaz mirada de la joven, y recogiendo su abrigo, y con pretexto de que se sentía mareado y de ir á respirar el aire por los corredores, como se hallasen al final de la obra, dijo que esperaría fuera; al salir, no una voz, sinó un trueno formidable de voces, volvió á gritarle: — « ¡canalla! ¡canalla! »

Tan distraído iba, que tuvo necesidad el doctor Córcoles Sierra de herirle cariñosamente en un hombro para que se fijase en él.

— ¡A la salud de ustedes!

—Tenemos que hablar — le dijo, absorbiendo, según costumbre, un polvillo de tabaco.

—¿Ahora?

—Joven, le diré á usted: soy de los que se burlan del tiempo: para mi no hay hoy, ayer, ni mañana: ni mañana, ni ayer, ni hoy: me hallo tan lejos de mis paisanos, los españoles, que dicen « para luego es tarde », como de los suyos que dicen « *the times is gold* »; creo, juzgando ambas apreciaciones, que mis camaradas son más filósofos que los de usted, y también — es de justicia reconocerlo, —*(otro polvillo)* menos prácticos. En fin, tanto me da ahora como después; pero sepa usted ¡oh, joven! que este desprecio del segundo vivido sólo tiene que ver con mi persona, no con las del género humano, á quien he de respetar y servir. Se trata, pues, de un caso grave: la señorita Vernot no tiene espera, porque los nervios y el gran simpático, maldito lo que entienden de refranes; tengo para mi que está usted esta noche fuera de tiro, y que hay que equilibrar el juego de esas malditas neuronas: *ergo... (otro polvillo)* «*el tiempo es oro*», según afirman ustedes, ó «para luego es tarde», como aseguran los de esta tierra.

Y mientras espetaba este discurso el doctor Córcoles Sierra, conducía á Rolland á la calle, siendo lo raro que el inglés no protestara, puesto que al salir Marianilla, milady Hobson y Kenteld del teatro, no le podían tropezar en parte alguna.

—Pues usted dirá — balbuceó Eduardo, cuando se hallaron en el Parterre, á donde le condujo entre chiste y broma el médico, porque á éste le gustaban los puntos despejados, y si había flores y perfumes, mejor.

—Pues diré, amigo mio, que la cosa es clara: yo soy el médico de la señorita Vernot, y

M.E.C.D. 2016

decir médico, vale tanto como decir sacerdote: no hay cura alguno que me gane á querer el bien, la salud del cuerpo y del alma (y esto entiendo yo que es, sumariamente, el bien) de mis diocesanos, digo... *(polvo de rapé)*, de mis clientes, de mis criaturas. Ahora bien, la señorita Vernot ha sido combatida en lo físico por las luces de mi ciencia; pero el médico necesita ayuda (no se ofenda usted, que es mi manera de hablar; siempre necesitan los doctores, por doctores que sean, de ayudas, como los presbíteros para decir misa de monagos): y la enfermedad de la francesa está en su período agudo, aunque yo, como médico, la he declarado convalesciente. Mi enferma sufre una de esas pasiones de ánimo tan críticas, que lo mismo pueden disolverse en una crisis de lágrimas, en un arrebato de odio, que... en una tisis galopante.

—¡Una tisis!

—Sí, señor; una tisis galopante; fíjese usted bien, galopante. *(Polvillo de rapé.)* Mi ojo clínico me señala esta última complicación. Y ahora bien, como dicen los malos traductores: ó á usted le importa un rábano la existencia de la señorita Vernot, ó no le importa. Tanto da que ame usted ó que no ame á Mariana Pertiguero. Si quiere usted que cure mi cliente, engáñela. *(Polvo.)*

—¡Que la engañe!

—Es claro, puesto que me consta que usted no puede quererla. Haga usted como quien rompe con mi paisana; aficiónese usted paulatinamente á la francesilla, y así habremos salvado el peligro.

—Y después...

—Después rompe usted *asimismo* con Juana. *(Polvo.)* Pero entonces, como yo no habré abandonado á mi cliente, digo, á mi diocesana, tendré más fuerzas para dominar á los músculos, para dejar mi papel de sacerdote é imponerme como simple doctor.

—¡Imposible!

—¿Imposible? No hay más que un sér en la inmortalidad que pueda decir imposible, y eso sólo cuando se pretende romper las leyes universales, invariables, indestructibles que El ha fijado eternamente.

BARCELONA: Vista panorámica tomada desde el monumento de Colón.

M.E.C.D. 2016

—Dios es Dios: yo soy criatura humana, imperfecta. Dios tiene delante de si la eternidad, el tiempo sin medida: yo el tiempo limitado por las horas.

—Entonces, quiere decirse *(otro polvo de rapé)* que morirá la Vernot.

—Morirá... Digo, yo no soy Dios; sólo la omnipotencia divina puede salvarla.

—¡Eh ahí la frescura con que los hombres dictan sus sentencias de muerte! ¡Morirá! ¡Cómo se conoce que no siente usted en su sangre, en sus fibras el soplo helado! ¡No tiene usted conciencia, como todos los que matan, arrebatados ó fríos, de lo que es la palabra muerte! Pues nó — y soltó Córcoles Sierra un taco redondo — nó: aquí no se trata de la omnipotencia divina, sinó de usted, sí, de usted, que puede salvar á mi enferma y la condena á morir!

Las palabras del doctor resonaron graves; la ironía estaba en las ideas más que en las voces, y por eso quizá penetró en el cerebro del inglés, como penetra hasta los huesos el vientecillo sutil en que galopan las furias de la nevasca, produciendo tal desbarajuste que no parecía sinó que una mano despiadada hubiera herido fuertemente y sin concierto en el teclado maravilloso.

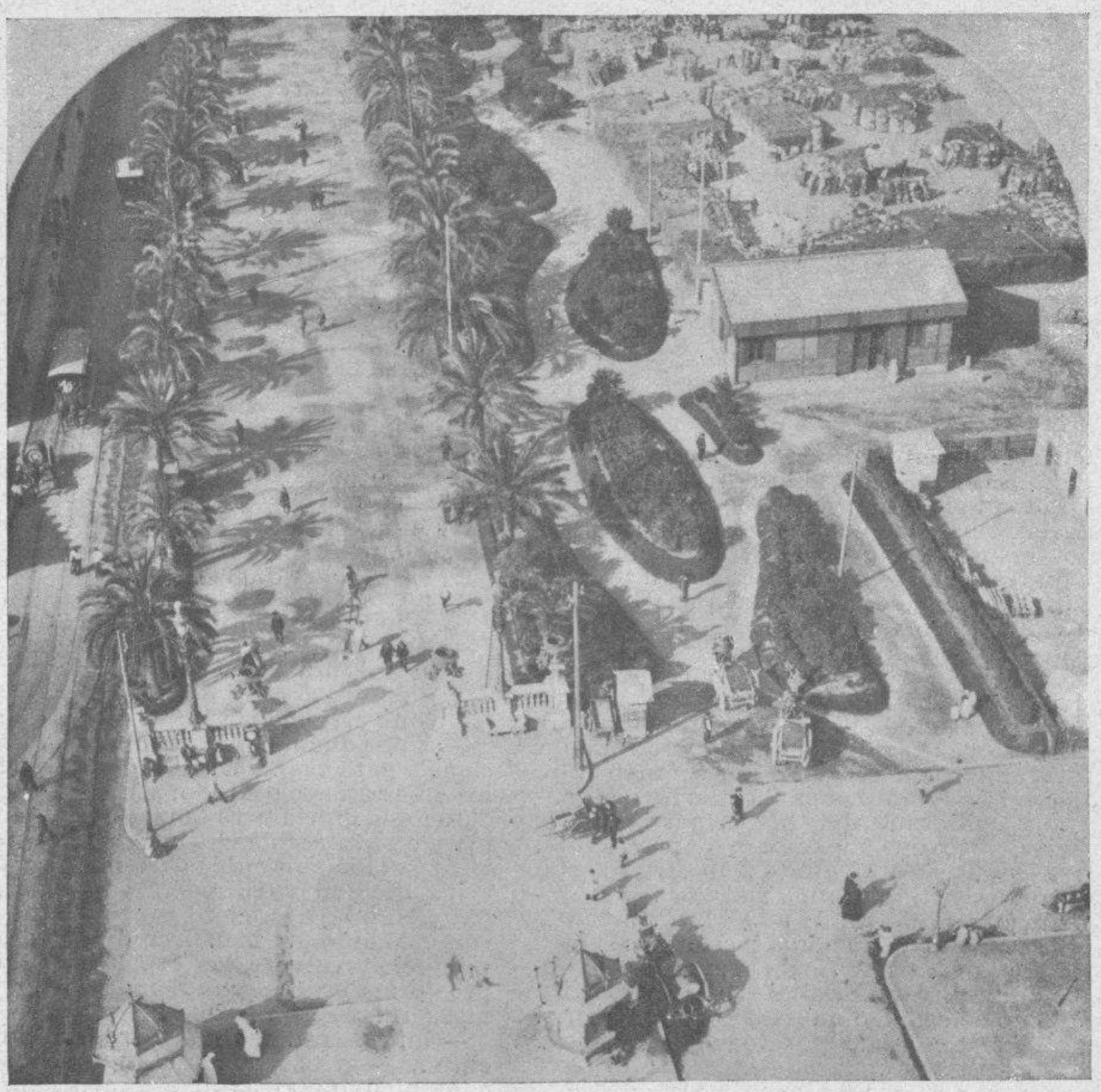
Bien lo sabía Córcoles Sierra, porque dejando á su amigo poco después en la puerta de la fonda, díjole abriendo mucho las ventanas de la nariz (signo infalible de astucia y picardía en él), sonriendo finamente y *sacando* la mirada por encima de los anteojos:

—La operación ha sido dolorosa, lo sé; pero los médicos hemos de tener el pulso firme y la voluntad tenaz, dura; parece que le he puesto á usted malo, pero la reacción será saludable, ó como dicen mis conterráneos, «al freir será el reir». Buenas noches.

Rolland se metió en el hotel, y diría, que no su pensamiento, sinó una voz aguda, gritaba de nuevo: — «*¡Rascally!*» — Grande debía ser su trastorno cuando pasó por el cuarto de Marianilla sin detenerse, y eso que la Pertiguero tenía la puerta entornada, y á pesar de la hora, luz en la habitación. Paróse al oir esta frase cariñosa:

—¡Eh! ¡loco!

J. F. Luján



BARCELONA: El paseo de Colón visto desde el monumento.

M.E.C.D. 2016

Preparándose para la función.

Epílogo triste

Hacía mucho tiempo que no départía con mi amigo Cándido, cuando una tarde, colocado yo en postura tan incómoda y grosera como propia de este país de los *vice-versa*— y conste que esto es plagio—respirando junto á la ventana la escasa brisa que corría, recibí la visita de mi íntimo. Venía pisando recio, con una cara que daba gloria y un voluminoso fajo de papeles bajo el brazo. Me saludó con magníficos abrazos y estruendosas exclamaciones, le contesté como supe cuando me dejó y después de algunos paseos arriba y abajo, en la longitud de la habitación, y de abrir cajones y revolver legajos, haciendo de todo un almodrote, adoptó en una silla de campaña una posición tan inverosímil como la mía: luego, contrayendo la epidermis del rostro para esbozar una sonrisa, hizo una mueca tan extravagante, tan *sui generis*, que ello, unido á lo larguirucho y desmedrado de su cuerpo, á su rara indumentaria, me hizo ver delante de mis ojos, sin considerar relieve, color y vida, una caricatura de esas que con una línea, prolongada á medida del deseo, hace el dibujante Caran d'Ache.

—¿A qué no aciertas lo que tengo en la mano? —preguntó, metiéndome por los ojos el fajo de papeles.

—Un cuaderno de papel blanco.

—Blanco si; pero no *en blanco*, porque está escrito. Pero ¿qué hay escrito?

—La lista de la lavandera, un *dado cuenta*, la relación de los gastos menudos de tu casa;... algo así—le contesté. Tratándose de Cándido yo no podía creer otra cosa. Por eso me alebré cuando, llevándose el índice á la frente con ademán victorioso, me gritó:

—¡Vulgarote!... Eso no es para mí: he escrito... ¡una novela!

Creyendo haber oído mal repetí:

—¿Una novela?...

—Sí; una novela *social* á lo López Bago, á lo Sawa...

—No te creía capaz...

—¿Y por qué nó? ¿Crees tú que no hay en mí eficiencia para eso?... Yo siento dentro de mí alientos y energías para todo: aspiro á llegar al pináculo de la gloria para lanzar desde allí mi manopla y que la recoja el que guste: quiero que mi voz sea oída por miles de personas; que mis escritos me den patente de *autoridad literaria*. Sostiene algo la Academia pues yo todo lo contrario, y cuando me censuren diré como *Clarín* «¿A mí qué?» y volveré las espaldas, ¡Viva la moral! ¡Abajo las crudezas del naturalismo! ¡Fuera la máscara!...

—Chín.... tran.... chín.... tran.... chín.... tran.... chín.... — grité yo, tarareando la marcha y conteniendo la risa que me inspiraba la cara de Caran d'Ache.

—No te rías; disculpa mis arrebatos y vamos al grano.

M.E.C.D. 2016

—Al grano.

Y con acento grave y reposado, vocalizando claro, empezó:

—En mis ratos de ocio he estado elaborando, sin acordarme de nada ni aun de la misma *bestia*, que diría Zola... ¿Entiendes tú eso de bestia?

—Sí, hombre, comprendido: vamos al grano ese.

—Prosigo: he estado elaborando una novela *social*, titulándola, óyeme bien, titulándola «El alma rota», rótulo que coloco entre tres ó cuatro admiraciones.

—¡Cándido, por Dios!... — le interrumpí — ó es novela *social* á lo López Bago, ó *vive* la moral, pues ambas cosas se compadecen malamente: en cuanto á lo del *alma rota*, siendo el alma *substancia simple, espiritual, indivisible, inmaterial*, etc., entiendo que eso de *romper* el alma sólo puede decírsele al *bata* en un momento de acaloramiento y que *las admiraciones* van á ser las de los buenos cristianos que lean el fruto de tu ingenio.

—Bueno; pero me da la gana de ponerlo y lo pongo. No te leo la obra porque es muy larga, y no te la dejo porque ni la mirarías siquiera, toda vez que no estás penetrado de los grandes problemas que encierra la humanidad; exactamente lo mismo que le pasa á mi mujer. En tres periquetes te explicaré la trama hasta llegar al epílogo único punto en que tengo dudas. Escucha, pues.

Y siguió diciendo:

—Cornelio está casado con Pura, siendo padres ambos de tres chiquitines encantadores; don Juan es un amigo íntimo de la familia, un poco galante y meloso en la conversación con Pura, y Bartolo es un aguador gallego, bruto como todos los aguadores gallegos: he aquí los personajes. Cornelio vive, bienaventurado y feliz, con aquellos pedazos de su corazón, cuando un día sorprende á su esposa mancillándole la honra y á don Juan, no lejos, haciendo lo propio, mientras dos de los chiquitines juegan al trompo, y el más tierno duerme en una cunita de mimbres. A todo esto el aguador canta aquello de

La *marusiña* estaba de *partu*,
y el *marusiño nun* tenía un *cuartu*

mientras trasvasa el agua de la cuba á una tinaja. Y aquí está lo dificultoso del epílogo. ¿Qué hace ahora Cornelio? ¿Cómo finaliza la novela?

—Sencillamente; — repliqué — Cornelio coge un revólver y mata al amigo traidor y á la esposa inicua.

—Eso es trivial y manoseado.

—Entonces de otro modo; don Juan empuña el revólver y mata al marido, dejando á Pura *entregada* á sus remordimientos.

—Tampoco: la moral queda á la altura de un hoyo.

—Pues hacemos que la mujer mate al consorte y al amante.

—¡Oh! eso es inconcebible. Mira mi proyecto: Cornelio ve el cuadro de su deshonra; señala la puerta á su rival, que huye avergonzado y confuso; hace lo propio con su mujer y él queda solo, abrazado á la cunita donde dormita el niño.

—El fin es muy moral; pero digno de ángeles.

—¿Y cómo quieres que acabe la obra?

—Busca y encontrarás.

—Bueno; pensaré, meditaré, y dentro de un par de días, cuando encuentre otra solución, vendré á consultarte; pues, aunque un poco descuidada tu educación literaria por la no lectura de los clásicos, aun dada tu falta de instrucción artística, de *mundología*, te reconozco algo — y gracias que reconoció eso — de talento natural.

Haciendo mucho ruido se despidió de mí, y cinco minutos después traspasaba la puerta la caricatura de Caran d'Ache.

***

Voy á justificar el título.

Cuando llegó á su casa Cándido se ofrecieron á su vista las últimas páginas de la novela que acababa de darme á conocer.

No pensó en sus hijos; no recordó los días de dicha y bienandanza pasados al lado de la infame; olvidó á Dios y, oyendo únicamente la voz de su dignidad que pedía cuentas y la de su desesperación que exigía sangre, la mató. Con *él*, con el otro no hubo nada porque huyó como un cobarde...

Cuando le ví en la cárcel, aquello de la caricatura fué idea perdida para siempre. Consideré el relieve en el cuerpo de mi amigo, me condolí de su alma apenada y acentuóse á mis ojos la diferencia entre la deleitosa novela y la desconsoladora realidad, ésta siempre con el *epílogo triste*.

MARTÍN DE LA CAMARA

—Por mucho barro no nos ensuciaremos la falda.

M.E.C.D. 2016

Zazá... y otros excesos.

(Notas de un curioso.)

Según Bustillo (revistero de teatros en la *Española)* los catalanes tienen la culpa de que el público de Madrid recibiera con cierta frialdad á la Mariani. Muchas gracias. Ello podrá ser á juicio de ese ilustre (juicio torpe, naturalmente) un *palo*; pero las lanzas se vuelven cañas, y donde el *crítico* piensa que censura, elogia. ¡A ver! Las palabras de Bustillo (si fuesen justas) supondrían que en Madrid se dejan arrastrar, en materia de arte, por nuestras impresiones: luego, tenemos nosotros mejor educado el *sentido estético*, y es el fallo que aquí se pronuncia indiscutible. *Tampoco* se me negará la lógica con que advierto que se hallan muy atrasados en la Corte, si confían en el aplauso de Barcelona para cubrir el abono de una compañía extranjera: ¡ni en el último villorrio de la Península, ínsula barataria, ó lo que fuese, que ahora los españoles estamos en esto, como está Bustillo en lo otro; no sabemos *juzgar!* En tiempos de mi abuelo, que deben ser los tiempos de Bustillo, la gente esperaba que hablasen los periódicos para asistir ó no asistir á la representación de la obra nueva; estaban de moda el morrión de Sagasta, los discursos de Castelar y los versos de Zorrilla; pero desde entonces ha pasado mucha agua por los ríos de nuestro *verídico* y *único* territorio, y además, nos *hemos hecho* muy libres. Ahora vamos al teatro, aunque afirmen los Bustillos de la crítica que el *sainete* es irrepresentable; no creo que aquí se querellen contra otro Sarcey por malograr con su crítica un estreno.

—

Pero hay más: la afirmación de Bustillo (revistero oficial y todo, aunque de la edad de piedra) es gratuita; los críticos catalanes no hablaron de la Mariani, por lo menos como críticos; (desde que murió Ixart apenas si se ha dicho palabra en asunto de tal importancia): luego los críticos no tienen arte ni parte en que los madrileños hagan ¡fú! como los gatos; el público asistió sin reparos ni reservas á las representaciones de la compañía italiana, y rindió con su presencia y con sus aplausos el pleito homenaje que merecía actriz como la Mariani. Los periódicos en sus revistas, echaron las campanas al vuelo. ¿De dónde saca, pues, Bustillo que los catalanes, que hemos disfrutado un invierno primaveral, tengamos la culpa de que los madrileños hayan sentido en sus *nervios artísticos* el aire del Guadarrama?

—

La compañía de la Mariani ha presentado en Madrid y en Barcelona (nótese que pongo primero Madrid) un cuadro, si no completo, no soy exigente y comprendo que es difícil, hasta cierto punto armónico. ¡Ojalá que nuestros cuadros españoles, el de la Guerrero, el de la Tubau... fuesen así! ¡Pues aun se quejan Bustillo y otros Bustillos... de la *revista* (no digo crítica) madrileña! Que es como si, pagando á varios españoles en moneda filipina, lamentase yo que me dieran billetes del Banco de España... sólo porque era papel, y puesto en circulación, naturalmente.

Si no fueran éstas, notas sencillas, complaceríame en estudiar á la Mariani, que digna de estudio es, (y nó á lo Bustillo, luciendo una erudición de lance, barata y citando á la Ristori, á la Dusse, á Novelli, etc., pues lo hace esto el menos avisado de los críticos), hablaría, por ejemplo, de sus aptitudes, tratando de obras tan diversas como *Zazá*, *L'onore*, *Tosca*, *La casa di bambola*... y consignaría ciertas observaciones, que merecen consignarse, y que no he visto que imprimiera periódico alguno en Barcelona ni en Madrid; tal vez se haga esto otro día en este mismo periódico; pero yo he de reducirme ahora á cortos apuntes. Escojo *Zazá*, no porque entre el libro más que otro alguno en el *temperamento* de la Mariani, sinó porque... porque el público y los revisteros de la Corte han hecho hincapié en esa obra. Sólo diré breves palabras. *Zazá* es comedia ligera, ligerísima. Hay un momento *cursi* (acaso porque transige el autor) que se confunde con el melodrama, y esa que ha sido la obra de *cartel* en Barcelona, ha aguzado las lenguas en Madrid contra la Mariani. Todo porque en *Zazá* se presenta ingenua, natural, sin *acordarse del público* (sólo he visto así en *Voluntad* á la Guerrero) la actriz. Claro, se viste y se desnuda en escena la Mariani, como si no estuviera abierto el telón de boca, como si se hallara en su *camerino*, ó en su casa. ¿Pero no hay más que eso, con ser muy digno de aplauso el abandono de la artista, que merezca elogio en el papel de Zazá? Aquel alocado carácter, no fingido: aquellas transiciones del cariño loco, único, al trato de los hombres; de la alegría pueril, á la felicidad inaudita, completa de un alma virgen; del arrebato doloroso al arranque de rabia, tan bien *matizados*, tan *inauditamente* perfilados por la Mariani. ¿no son arte que merezca el perdón de crudezas que no están en la persona ni en la vida de la actriz? ¿Y la indiscutible verdad con que presenta un tipo que notoriamente no es el suyo, y que por tanto, hasta para el mismo autor que le concibiera podría parecer irrepresentable? ¡Ah, únicamente los que no entienden palabra de italiano, los que no van á ver más que el primer acto de *Zazá* y á duras penas el segundo, pueden decir que la obra y la actriz ofenden los sentimientos y el pudor de los espectadores! Y así se explica que un revistero madrileño (nó Bustillo, soy justo) haya afirmado que Zazá trata de sustraer á un marido del regazo de su mujer. ¡Cuando es todo lo contrario! ¡Cuando Zazá, mujer no educada, libre, respirando un ambiente vicioso, pero corazón puro, noble, ingenuo, truena contra el libertinaje del único hombre que le ha hecho sentir, y le rechaza para conservar inmaculado el perfume de la poesía que mantiene la perdurable memoria de un muerto! ¡Cuántos maridos morirían alegres soñando con que sus viudas respetasen así su recuerdo! Zazá no es la querida vulgar, no es la pecadora torpe: es la mujer enamorada. Quiere apasionadamente, pero con riqueza de sentimientos afectivos, tiernos y puros. Imagina que su amante es soltero, y pasa por todos los dolores y pesadumbres del desengaño cuando se entera de que no hay tal: que está casado, que no le pertenece á ella sola. No vendió placeres, rindió el alma. ¿Qué hay, pues, de grave ó pecaminoso ahí?

Pero tendría que despotricar largo y tendido si quisiera ponerme firme en punto á la moralidad del tipo: yo opino como Ixart cuando defendía el desnudo en el Ateneo, y protestaba contra los pseudo moralistas presentando ¡él! su dimisión. Acaso insista, porque de estas cosas debe hablarse mucho. No es oportuno ahora. Conste, finalmente, volviendo á Bustillo, que es cierto de toda certidumbre que aquí, por condiciones especiales etnográficas, etnológicas, *et sic de cœteris*, apreciamos en su justo valor las manifestaciones artísticas, no sólo extranjeras, sinó también nacionales, españolas puras. Así celebramos la labor de *Magda*, de *Voluntad*, de *Teresa*, de *Los condenados*... y no nos entusiasmamos tan fácilmente con *Juan José* ni con las corridas de toros.

CLAK

UNA ESCENA DE ZAZÁ

(Acto primero *en la trastienda del escenario.)*

M.E.C.D. 2016

El castillo feudal

Como testigo mudo de otros tiempos
la gigantesca mole se levanta
del castillo feudal Allí sombría,
vigilante y altiva se presenta,
la negruzca silueta, como torpe
remembranza de estúpida barbarie;
allí mismo parece que se estrellan
como en potente y vigoroso muro
las blancas claridades del Progreso.

Tal vez fué colocado en aquel sitio
para absorber toda la luz divina
y tener prisionera largo tiempo
la brillante Verdad porque se afana
constantemente el hombre.
Allí el viajante
siente miedoso espanto, y el alegre,
grato cantar de la naturaleza
toma algún sonsonete quejumbroso
que hace á los corazones sentir frío.

Las mortíferas armas de los bravos
y leales guerreros ya no brillan
al reflejo del sol, ni el centinela
pasea por las torres almenadas
mascullando sus cánticos monótonos.
Aquella fuerte mole de granito
es ya cuerpo sin alma batallando
contra los elementos que pretenden,
hundirle en el abismo con rudeza.

El amarillo jaramago crece
en el foso á sus anchas; toda clase
de yerbajos inútiles tejiendo
van la negruzca alfombra; la silvestre
fatal enredadera, flor de ruinas,
cubriendo va los ojos vigilantes
del fúnebre coloso de la Historia
envuelto en las negruras del pasado.

Al pasear la vista por el serio
paisaje adusto, la alegría cede
paso á la melancólica tristeza
y á la meditación; las almas pobres
evocan los fantasmas pavorosos
de los cuentos de brujas, y se sienten
poseídas de vago y cruel espanto,
al contemplar como se desmorona
la grandeza mentida de los hombres.

¡Tremenda ley fatal! Aquellos séres
que orgullosos y altivos pretendieron
ser inmortales; la potente raza
que tuvo por descanso la pelea
y nunca se sació de sangre humana,
ha quedado por siempre reducida
á deleznable y mal oliente polvo!
Las enormes murallas defensoras
de la jamás rendida fortaleza
se van desmoronando poco á poco
y tal vez no resistan, miserables,
al empujar de tierno rapazuelo.

De la pobre y brutal grandeza antigua
no resta más que el mísero castillo
gigantesco y sin alma, que pretende
resistir á la acción del implacable
tiempo demoledor. Tesón inútil:
crecen más los yerbajos cada día
y las fuertes raíces van abriendo
los resistentes muros. Lo que nunca
demolió la piqueta, manejada
por la mano enemiga, lo demuele
la sabia y maternal Naturaleza.

¡Miradlo sin temblar! Es esqueleto
sin calor y sin fuerzas. Cuando pronto
en la mano la bien templada azada
venga el robusto labrador, entonces
arrancará sin compasión la yerba;
el trigo crecerá y el sol potente
al herir las espigas tan doradas
animación dará al lugar sombrío,
y los viajeros sentirán deseos
de entonar la canción de los amores:
una canción enérgica y v brante,
á la Naturaleza cariñosa.

RAFAEL RUIZ LÒPEZ

—Me parece que no estoy mal del todo.

M.E.C.D. 2016

Mi protesta

Sí, señor, protesto y quiero hacerlo constar.

Yo soy un pobre golfo, y gracias á la actividad que tengo para tender una mano hacia los transeuntes y gracias á este gesto de cansancio que me caracteriza, puedo llenar el *monago*, aunque nunca de perdices, y sí muchas veces de patatas, judías, arroz y de tanto en tanto de bacalao, cosas de que la naturaleza se muestra tan pródiga como orgullosa.

Algunas veces sueño con que soy mayor contribuyente, y cuando tal ocurre, levántome malhumorado, porque tengo bien aprendido aquello de que no se puede servir á Dios y á las riquezas.

Estoy más orgulloso de mi profesión que hinchado magnate de sus pergaminos. Siempre encontré almas compasivas y si á mi ropa no le ocurre lo que á la de Jesús que crecía y se ensanchaba á medida que ensanchaba y crecía su cuerpo, puedo asegurar que nunca necesité del sastre y que jamás estuve desnudo.

Soy pordiosero prudente y cachazudo: nunca renegué de mi suerte, ni maldije si los que dejaron de contribuir con su óbolo á la manutención de mi cuerpo. En cambio me paso el día bendiciendo á los que me dan y algunas veces mascullo unas oraciones pidiéndole á Dios por la felicidad de los que me protegen.

Pues bien, acabo de enterarme de que la gente rica quiere suprimirnos, y esto, me parece un atentado contra nuestra libertad, y aun contra la hermosa ley de Jesucristo que aconseja pedir para que se nos dé. Por consiguiente, no puedo dejar esto sin protesta, y protesto, como hombre libre y como cristiano, de tamaño atropello.

¡Cuidado que tiene pelendengues!

¡Hasta le quitan á uno la libertad de ser pobre!

¿Y todo por qué? Porque estorbamos un poco á los mayores contribuyentes que no quieren saber si en el mundo hay miserias.

Y lo más chusco del caso es, que, estos señores han acordado no dar en lo sucesivo más que bonos, con los cuales habrá que ir á comprar á parte determinada. Ya sé lo que con esto ocurrirá: no han de faltar quienes se aprovechen y nos chupen un poquito de lo que nos corresponda. ¡Buen modo de progresar! Antes nos daban dos céntimos besados; ahora nos los darán chupados, por aquello de que el que chupa algo traga.

¡Ah! ¡Si el compañero Eusebio Blasco hubiera triunfado! Pero nó, nadie se acordó de él, á no ser yo que por encontrarme en Barcelona no pude votarle. Y ¡pensar en que él nos hubiera defendido á *macferlan* y clavel!

Nada, indudablemente somos muy desgraciados; estamos sin defensa y tendremos que huir, hacer la vida del fugitivo para poder disfrutar del sol, de la luz y del aire que Dios nos da por igual á todos. Ya que no se podrá pedir, viviré en el campo solo donde me alimentaré de suculentas raíces y de sabrosos frutos.

Y allí esperaré sentado hasta que el buen Eusebio vuele en nuestra defensa y haga valer el derecho más sagrado que tiene el hombre; el de pedir.

Y después de esto hay que evitar ya que no besan la limosna que la chupen, porque... podría pegársenos algo.

Por uno de tantos,

RUILOP

BELLAS ARTES

Cuadro de Correggio.

M.E.C.D. 2016

Mi santo

Hace ya muchos años, muchos; allá cuando mi cabeza carecía de la blancura con que la nieve del tiempo la ha cubierto; cuando mis labios impregnados de ese fuego que denominan cariño se acercaban fervorosos á los de mi pobrecita madre, y mi cuerpo apenas se elevaba medio metro del nivel del suelo; cuando mi vocecita infantil silabeaba tartamudeando y no pasaban diez minutos sin que mis ojos se humedecieran por el llanto; en fin, en aquella época pueril en que estamos tristones porque no nos place estar regocijados, lloramos por el mero placer de regar nuestras mejillas y voceamos aunque inconscientemente para desarrollar los pulmones; en aquella época, repito, era yo el jefe nato del hogar; en él se hacía únicamente lo que se me antojaba, y mi mandato era lo que en buque en alta mar la voz del capitán; en fin, cuanto yo dictaba, era una sentencia inapelable.

Vivía en el pueblo en compañía de mi madre, sin otro sér á quien adorar. Solitos estábamos en una humilde casucha; y como yo no había atravesado nunca los límites de la localidad, ¿qué me había de figurar que el mundo tuviese más extensión que la que conocía? ¿Cómo iba á soñar mi cerebro ciudades como Barcelona, París y Lon-

—No acabo de entender la seriedad de su carta.

M.E.C.D. 2016

dres? Tan sólo había oído hablar de la corte de España y relatar su magnificencia y boato; pero yo creía que Madrid era el oasis del Universo, que como él no había otro, que era lo único que yo desconocía; vamos, que lo comparaba á la gloria cuando escuchaba de algún muchachote las mil grandezas que lo embellecen.

Tiene unos palacios — me decían muchos — y unas iglesias que parecen pueblos.

Alegría y meditación.

Y yo, con la candidez propia de mis pocos años, preguntaba:

— ¿Y esos palacios, esas iglesias, son mucho mayores que la casa del alcalde?

Y el mocetón con quien conversaba quedábase mirando, como para preguntarme si me había vuelto loco al comparar las casas y los templos de la «Villa del oso» con el miserable barracón del alcalde.

Desde entonces era para mí un sabio todo aquel que con sus calzones y su cayado había conocido la populosa villa, objeto de mis dulces ensueños. A todo el que me decía: «He visto Madrid», le miraba en adelante como á una potencia del género humano, y por más que en el pueblo me llamaban el señorito, yo me juzgaba el más obtuso é ignorante de los séres.

Mi madre, naturalmente, como era el único fruto de sus entrañas, estaba loca conmigo, y á pesar de que procuraba que no fuese uno de esos rapaces impertinentes, me mimaba mucho. ¡Pobrecilla! ¿Cuándo le pagaré el cariño que la infeliz me profesaba? ¿Cuándo los tiernos óscu-

M.E.C.D. 2016

Quiero que ustedes digan,
caros lectores,

los que en mis mejillas esculpía? Yo era su único consuelo, y á mí había consagrado su existencia toda.

Recuerdo que cuando apenas contaba siete años iba á celebrarse mi santo con esplendidez asombrosa, como nunca se había hecho; y todo porque se me antojó que el pueblo entero supiese que estaba de días.

Apenas el sol comenzó á trasponer las altas montañas de oriente, cuando sus rayos se desparramaron por la desolada campiña y el toque de alba vibró en el espacio, salté precipitadamente del lecho, y al tiempo de entreabrir las ventanas de mi habitación penetró en ella la naciente luz del día y ofrecióse á mi vista el hermoso espectáculo de la naturaleza.

¡Qué feliz me consideraba en aquellos instantes en que imperaba el silencio matinal, como para dejar que con tranquilidad pensase en la festividad del día!

Con la prisa que se viste el negociante cuando á primera hora del día le apura un quehacer urgente, cubrí mi cuerpo con el trajecillo del domingo, y hecho un hombre, no sin antes mirarme al espejo, inspeccionar los relucientes zapatos y acicalar un tanto mis cabellos, dirigíme al lecho de mi madre con el propósito de despertarla para que, al felicitarme, me diese el consabido regalito.

Llegué á su cuarto y la ví de cara á la pared; dudé si llamarla ó no, porque me daba pena robarle el sueño.

¡La infeliz se había acostado tan tarde!...

Pero imposible, yo no podía, no sabía esperar más; la impaciencia rayaba en delirio, y me decidí á despertarla con un beso.

Después de decir en voz alta: «Buenos días, mamaíta», acerqué mis labios á su rostro y... estaba frío, frío como el mármol. Aquello me horrorizó é hízome retroceder. La agité inútilmente, y púseme á llorar como un loco.

¡Estaba muerta, muerta para siempre!

Sobre la mesita de noche hallé una caja de cartón, y dentro de ella en medio de una infinidad de bombones, una moneda de cinco duros, que indudablemente sería el regalo que tanto ansiaba, puesto que en la tapa de la cajita estaba escrita con letra de mi madre, la fecha de aquel aciago día:

3 DE OCTUBRE DE 1843

Aquella moneda sirvióme más adelante para comprar una corona que coloqué en la tumba de la que me dió el sér, y todos los años cuando llega mi santo recuerdo la siguiente frase pronunciada por el médico después de examinar el cadáver:

«—¡Pobre señora! Falleció víctima de una afección cardiaca.»

GERARDO DE ANA

M.E.C.D. 2016

cómo están las mujeres
con pantalones.

M.E.C.D. 2016

Cuentos

En lo recio de una epidemia escribió el alcalde de un pueblo al gobe nador de su provincia, exponiéndole la triste situación de sus administrados y rogándole que telegráficamente le comunicara las medidas que en aquellos momentos de apuro debía adoptar.

Contestóle el gobernador: «Por de pronto, *apelar á todos los medios oportunos*, etc.»

El alcalde quiso leer el despacho por sí mismo, y como no era muy avisado, leyó: «Por de pronto, *apalear á todos los médicos por tunos*.»

No quiso leer más, y dando una patada exclamó:

—¡Qué bien hizo en *fugarse* el único que teníamos! Si no hubiese escapado ayer, se chupaba una paliza que había de dejar contento á su excelencia.

❖

Estando uno á la muerte, mandó á su hijo que vendiese tres halcones de gran precio que dejaba, encargándole que con lo que sacara del uno pagara sus deudas; con lo que valiera el otro hiciese bien por su alma, y que se quedara con el tercero para él. Muerto el padre se le escapó al hijo uno de los tres halcones, y como no lo pudiera recobrar, exclamó:

—¡Vaya ese por el alma de mi padre!

❖

Un andaluz hizo á un íntimo amigo suyo la siguiente manda:

«Item lego á mi muy querido N. N., una fanega de tierra en tal parte; y si le parece poco, que ahonde.»

❖

Los niños

(Del catalán.)

—¡Eh, niños! ¿á dónde
corréis tan alegres?
—Se va á la pedrea.
—Y en cuanto se entere
de tal el maestro...
—¡Psé! ¡Si es un vejete!
—Haciendo novillos
las horas se pierden.
—¡Se sabe ya mucho!
—¿Qué saben los nenes?
—Pues yo todo el mapa.
—Y yo los *carteles*.
—Yo soy un *gramático*.
—Yo el primero ¡leñe!
—Yo.
—Yo... no le crea
usted, le engaña ese.
—Que diga el más niño,
¡callad, mequetrefes!
—Yo sé más que todos
porque soy un nene,
y soy también ángel,
eso aunque no vuele.
—¿Y quién te lo ha dicho?
—Mi madre y no miente.

JUAN CENDRA Y MUNTADES

(Traducción de DOTRES.)

M.E.C.D. 2016

Los jóvenes

(Del catalán)

—¿A dónde mis jóvenes
dirigen las plantas?
—Al baile, que es día
de bulla y de zambra.
—¡Si madre supiera!
¡Si amor se enterara!
—Las madres ¡qué tonto!
quedaron en casa,
y amor lo tenemos
en segura guarda.
—Si está tan seguro
decidme dó se halla.
—El mío en el bosque
y en una cabaña.
—De la sierra en lo alto
el mío me aguarda.
—Yo, junto al torrente,
jugando en las aguas
dejéle no há mucho.
—Yo al lado de casa.
—Marchóseme lejos,
¿no lo sabes? ¡vaya!
—¡Ay, pobre! ¿y qué albergue
lo esconde?
—Caváronla
la tumba muy honda
¡de allí no se escapa!

JUAN CENDRA Y MUNTADAS

(Traducción de CLAK.)

Esperando el buque.

M.E.C.D. 2016

MISCELANEA

Estaba tendido un hombre en medio del arroyo dando voces.

Acuden los guardias:

—¿Qué tienes? ¿Estás herido? ¿Dónde vives?

—Aquí mismo; en esta casa de enfrente. Pero es el caso, que cuanto más ando hacia ella, más se va separando de mí. ¡Es curioso, parece que tiene piernas!

Ayudaron á levantarle y vieron que estaba completamente *mareado*.

ANDALUZADA

Afirmaba un andaluz
hablando con sus paisanos,
que hará como quince días
allá en la plaza de abastos
de su pueblo, al reformarla
hallaron bajo los bancos
tantas ratas, que se empleó
pa recogerlas cien carros.
Otro andaluz oyó el timo
y exclamó: — si que es exacto;
el alcalde dictó una orden
al ver el trance apurado,
y la guarnición del pueblo
las mataba á cañonazos...

MORENO.

Benito Pilesa con aire desdeñoso:

—No me hable usted de la medicina, eso ya ha pasado. Así, que si tengo el estómago desarreglado y se me sube la sangre á la cabeza, tomo sencillamente un baño de pies con mostaza, un poco de bismuto y otro poco de menta, y en seguida todo ha concluído.

—¿De verdad? ¿y quién le ha indicado á usted esa receta tan maravillosa?

Benito Pilesa, sin desconcertarse.

—¡Quién ha de ser, mi médico!

La mujer de Gorinos sirve á uno de nuestros amigos.

En el momento de marcharse éste de viaje le dice:

—Sobre todo no olvides el enviarme cinco ó seis periódicos todos los días para distraerme.

—Si el señorito quiere, le contestó, desde luego meteremos unos cuantos en el baúl.

El viernes, día 5, celebra su beneficio en Romea la distinguida actriz doña Mercedes Abella, á quien tantos elogios y aplausos ha prodigado el público del teatro catalán.

Cuando te veo rezar
ante el altar de San Pablo,
¡Ay, vidita de mi vida,
que envidia le tengo al Santo!...

La señora de Palías una de nuestras elegantes, se presenta la otra noche en el teatro un poco más que descotada.

—¡Demonio! le dice uno de sus antiguos amigos, un poco más y se le vería á usted el corazón.

— ¡Ay! dice melancólicamente la señora de Palías ¿no sabe usted que cuando hay un muerto en la casa se dejan abiertas las ventanas?

«Desprecio la sociedad
que me silba mientras vivo;
porque, señores, yo escribo
para la posteridad.»

—Y á fe no comete error
don Carmelo al decir esto;
pues sus obras pasan presto
á la parte «posterior».

CHARADA

Una mujer de hermosa *prima* y *cuarta*,
ayer lloraba por su *dos* perdida,
la quiere consolar, y ella afligida
me dijo que del mundo estaba harta.

De mi lado no sé por qué se aparta
y en un *primera* y *dos* la vi metida,
un *tres* yo la ofrecí, ella en seguida
que nó me dijo, y me dictó esta carta:

«Querido Juan; pues eres del oficio.
á tí se llega la mujer que llora
suplicando le prestes un servicio,
haciendo un *Todo* sin tener domora
que no se caiga porqué hará estrupicio
y manda cuanto gustes á Teodora.»

A. ARROYO MANJÓN.

Jeroglífico comprimido

GUSTOS

J. VIDAL FERNÁNDEZ.

Logogrifo numérico

5 4 9 8	— Nombre de varón.
1 8 1	— » » mujer.
5 1 2 3 9	— » » varón.
1 2 3 9 3 1	— » » mujer.
5 1 2 3 1	— » » »
5 4 9 8 8 3	— » « »
6 3 4 8 4	— » » »
4 5 4 8 7	— » » »
1 2 3 4 5 6 7	— » » »
5 7 2 3 4 7 8 9	— » » varón.
1 2 3 4 5 6 7 8 9	— » » »
4 2 5 1 5 6 1	— » » mujer.

K. MARÁ.

Cuadrado

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Combinar los puntos por letras de manera que leído horizontal y verticalmente resulte; 1.ª, parte de la bota; 2.ª, nombre usual de cierto clérigo; 3.ª, verbo; 4.ª, nombre de una ópera; 5.ª, apellido.

ANDRÉS DONATO PÉREZ.

Nuestro corresponsal exclusivo en la República Mexicana, es don Joaquín Llobet en Veracruz.

M.E.C.D. 2016

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADA. — Calderón.

ADIVINANZA. — El Sol.

COPA NUMÉRICA. — Gundemaro.

PROBLEMA. — $\left.\begin{matrix}4\,6\,2\,3\\8\,2\,1\,4\\2\,4\,3\,6\\1\,3\,9\,2\end{matrix}\right\} = 15$

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO. — Entreverada.

Correspondencia

H. D. — Tiene gracia la consulta: «señor Director; si le dan á uno un perro, y el perro besa á la señora (ó le lame la mano, que es lo mismo) y á uno le muerde la pantorrilla ¿qué hace uno?»

¡Hombre! no es un problema difícil de resolver, aunque tiene tres soluciones: ó se pega usted un tiro, ó le pega dos al perro, ó descarga los cinco del Smith sobre la mujer, procurando aprovecharlos todos. Es cuestión de temperamento, de pulso y... de filosofía.

M. S. A. — Pues nada, por más que me devano los sesos, no sé cuando haya podido ofenderle á usted ni hacerle daño alguno, para que usted me quiera tan mal. Lo más que puede haber ocurrido es que le haya llamado á usted botarate, y que en efecto lo sea usted.

Geveh. — ¡Geveh! ¡Geveh! ¡grandísimo judío literario, anda! Te condeno á ir errante de periódico en periódico, para que seas mofa y escarnio de sus redactores.

A. T. N. — ¡Pero Cachupín tú te has salido de madre, digo de casa!

« Se enciende el *horto* en resplandores de vívido
hechan mis muelas lumbre, [vislumbre
me *vebió* de *bino* impávido un azumbre:
todo es dolor en el mundo y *pohedumbre:*
Cristo padeció del *Golgota* en la cumbre
y no hay sol ni luna que nos alumbre
porque es de locos la costumbre...»

dar la lata al prógimo ¿nó?

L. V. O. — Publicaría muy gustoso su oda al Tirreno, pero como soy muy aficionado á las emociones violentas, y me gustan las tempestades del mar, como á otro le gusta, por ejemplo que le hagan cosquillas, guardo la oda en la cartera para leerla en mi próximo viaje á Italia. Sí; en cuanto me halle navegando por el Tirreno, desenfundo la oda, la leo en alta voz, y así como Jesús apaciguó á los elementos es indudable que yo los alboroto, y saco *á los abismos y á las arenas fuera de tí*, al leer con voz campanuda aquello de:

«Oh, mar, inclito mar de piélago inmarchitable
que diste á Dante sin igual potencia ..»

¡Verá usted qué divertido! Ya le diré si me he ahogado ó no

R. R — *Erre* que *erre:* ¡terco!

Maligno. — Le diré á usted una de las indirectas del padre Cobos: No vuelva á mandarme *poecias*, porque es usted muy burro, y no estoy para perder el tiempo oyendo rebuznar.

J. M. A. — Me parecen sus cantares,
algo así, como vulgares...

La charada enmendada, no digo que nó.

J V. F. G. — Utilizaré parte.

A. D. P. — Entran en turno.

I. C. — Los verá usted publicados. Pero huya usted de los acrósticos...

Gringa. — Algunas acertó usted; pero se han recibido tarde.

Colorete. — Bueno. Usted me manda una charada, *gratis* y es un favor que he de agradecer á usted. Pero la charada es mala y no se la publico... y es un favor que usted me ha de agradecer, y en paz.

M. A. M. (con música). — Muy bien *timao;*
choquela *uste*,
se necesita
tener *tupé*
para firmar,
sin aprensión,
unos versitos
de Camprodón.

K. — Eso digo yo ¡Cá!

M. V. G. — También es usted guasón:

Le dije á Pura que me quisiera
sin saber yo si Pura era
Pura, y la tuna me dijo
¿sabes tú, si soy yo Pura, hijo?

Claro, ni usted ni el Juan Preste de las Indias. Eso es como los melones, que hay que catarlos.

Revienta. — ¡Por mí cuando quieras, qué demonio!

T. M. D. — Muy bien, muy bien, publicaré el artículo, aunque caigan frailes capuchinos de punta.

Reo. — ¿De qué? ¿de lesa estupidez?

A. G. B. — Pues ese ni toca aquí pito, ni toca aquí *ná*, aunque escriba. Si le ha dicho otra cosa le ha engañado, y si se ha dejado usted engañar es usted un tonto. La lógica es lógica.

Sereno. — ¡Ave María Purísima!

Prohibida la reproducción de los originales de este numero.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyeciones. Cura los flujos en

48 HORAS

SANTAL MIDY

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Violenne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. . . . 6 pesetas.
Año. . . . . 11 »
Extranjero y ultramar, un año. . . 17 »

Número corriente, **20 céntimos.**
Número atrasado, **30 céntimos.**

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.

M.E.C.D. 2016

M.E.C.D. 2016

20 cents. **Núm. 442**

M.E.C.D. 2016

M.E.C.D. 2016